

que el enemigo no habia atacado al *Intrépido*, y no era de suponer que ninguno de la tripulacion aplicase la mecha por temor ó por aturdimiento (\*).

El dia 10 de setiembre llegó el comodoro Barron y se encargó del mando de la escuadra del Mediterráneo, en tanto que Preble se dirigia á los Estados-Unidos, á donde llegó en 1805, habiendo dispuesto el Congreso que se le diesen las gracias, así como tambien á sus bravos oficiales, por sus heróicos esfuerzos para dejar en buen lugar el pabellon americano, defendiendo los derechos de la patria. La escuadra mandada por Barron se componia de dos buques de cuarenta y cuatro cañones, dos de treinta y ocho, uno de treinta y dos, dos de diez y seis y tres de doce, con los cuales se mantuvo el bloqueo, aunque sin esperanzas de obtener un arreglo, pues al poco tiempo se supo que los otros déspotas de Berbería se agitaban en sentido hostil, y fué preciso enviar parte de la escuadra á Gibraltar, en busca de los cruceros de Marruecos. A no haberse practicado un movimiento por tierra con el objeto de auxiliar las operaciones por mar, no se hubiera conseguido tampoco la paz tan pronto como se obtuvo.

Ya se recordará que Yussuf Caramalli habia subido al poder destronando á su hermano Hamet, el cual, segun dice Mr. Cooper, creyó oportuno escaparse y despues de andar algun tiempo errante, se refugió entre los mamelucos de Egipto. Los agentes americanos habian indicado varias veces que el destronado principe podria ser útil para hacer la guerra al usurpador, y en distintas ocasiones, habiase intentado hacer algo en

(\*) Véase la *Vida de Eduardo Preble*, págs. 99-103. Mr. Cooper habla tambien de este suceso y de la triste suerte de Somers y sus compañeros. Véase su *Historia Naval*, vol 1, págs. 252-59.

este sentido, mas sin que se consiguiera nada. Al fin, Mr. Eaton, cónsul en Túnez, capitán que habia sido del ejército, se interesó en el asunto; marchó á América, é indujo al Gobierno á que le prestase su apoyo, dando orden al comodoro Barron para que le auxiliara en cuanto fuese posible.

Al regresar Eaton con la escuadra de Barron, en 1804, practicó desde luego diligencias á fin de averiguar el paradero de Hamet, y en el mes de noviembre, embarcóse en el *Argos* con direccion á Egipto, donde le recibió el virey con el mayor afecto, dando luego permiso al príncipe de Trípoli para que saliera del país sin que le molestasen, aun cuando se habia batido contra el Gobierno en favor de los mamelucos.

A principios de 1805, Hamet, que se habia separado de sus partidarios, se puso en marcha, seguido de cuarenta hombres, en direccion á un punto situado al Oeste del antiguo puerto de Alejandría, y al poco tiempo, reunióse con él Mr. Eaton á la cabeza de una banda de aventureros que habia reunido en Egipto. Aquella partida se componia de hombres de todas las naciones y Mr. Eaton manifestó que si hubiese poseido suficientes recursos, le habria sido fácil reunir treinta mil voluntarios para marchar contra Trípoli; pues el Bajá reinante no hacia mas que desterrar á sus súbditos. Hechos los preparativos necesarios Mr. Eaton, que se apropió el título de general en jefe, marchó en direccion á Derne, atravesando el desierto de Barca.

Con inflexible valor y perseverancia, Eaton y sus aliados, avanzaron rápidamente, y á principios de abril de 1805 llegaron á la costa de Derne; estableciendo comunicaciones con el *Argos*, el *Hornet* y el *Nautilus*, buques que acababan de llegar, y consiguieron se les enviase un cañon, algunas municio-

nes, cierto número de mosquetes, y varios marineros, con cuyo refuerzo comenzó el ataque.

El gobernador de Derne contestó á la intimacion de Hamet para que se rindiera con la espresiva frase oriental: *¡Vuestra cabeza ó la mia!* y como tenia á su disposicion una bateria de ocho á nueve piezas situada frente al mar, mas de ochocientos hombres de tropa regulares y fortificaciones, esperó el ataque resueltamente, pero sin duda no le ocurrió que una cuarta parte de la poblacion podria pronunciarse en favor de los sitiadores, y que le iba á ser necesario reprimir el motin, á la vez que rechazaba el asalto de los enemigos.

No fué necesario mucho tiempo para apagar el fuego de la bateria, pues los tres buques se habian situado perfectamente, y tan pronto como se hubo conseguido esto, la tropa de Eaton se lanzó al ataque tan resueltamente, que de allí á poco, y por la primera vez, la bandera estrellada ondeó en un fuerte del mundo antiguo, merced al arrojamiento de los hijos del nuevo mundo. En aquel combate, ocurrido el 27 de abril de 1805, huyeron los turcos con tal precipitacion, que dejaron los cañones cargados, de modo que no hubo mas que dirigirlos hácia la ciudad para continuar el ataque, en tanto que Hamet con una escasa fuerza de caballería, auxilió las operaciones, dando estas por resultado la rendicion de la plaza despues de un encarnizado combate de dos horas. En aquella funcion marcial, solo tuvieron los sitiadores catorce bajas entre muertos y heridos, contándose entre estos últimos el general Eaton; pero debè tenerse presente que solo atacaron mil doscientos hombres, siendo así que la plaza estaba defendida por tres ó cuatro mil. El príncipe destronado tomó posesion de la ciudad, y su autoridad se reconoció parcialmente en la provincia.

El Comodoro Barron, rehusó luego prestar mas auxilios á Eaton, alegando, que como Hamet estaba en posicion de la segunda provincia de su reino, si contaba con la influencia que él decia, le seria fácil alcanzar su objeto sin mas ayuda que la cooperacion de la escuadra. Al mes siguiente, Barron, cuya salud estaba muy quebrantada, entregó el mando al Comodoro Rodgers, y comenzaron las negociaciones para la paz acto continuo, pues Mr. Lear habia venido de Trípoli espresamente con este objeto. Despues de las acostumbradas intrigas, dilaciones y entorpecimientos, concluyóse al fin en 3 de junio un tratado por el cual se estipuló que no se pagaria tributo alguno en lo sucesivo, si bien América abonó sesenta mil duros por el rescate de los prisioneros que aun le quedaban á los turcos despues de haber hecho el correspondiente canje hombre por hombre.

Por muchos conceptos, las condiciones de la paz con Trípoli, no fueron muy ventajosas, y seguramente hubiera sido fácil obtenerlas mejores, pero no sabemos qué instrucciones habia recibido Mr. Lear, y basta decir que el tratado se aprobó y ratificó. De Hamet no se habló, y lo único que éste obtuvo fué que Yussuf pusiera en libertad á su esposa y sus hijos; tanto el Príncipe como Mr. Eaton, se consideraron muy perjudicados con el tratado (\*). Hé aquí lo que dice Mr. Cooper sobre este asunto. «Muchos condenaron el tratado, mas se alegraron no obstante que por aquel medio volvieran á su

(\*) Hamet marchó luego á los Estados-Unidos con algunos de sus partidarios y habiendo pedido auxilios al Congreso, este votó la suma de dos mil cuatrocientos duros, que no dejaron muy satisfecho al desterrado Bajá. La legislatura de Massachusetts otorgó al general Eaton tres mil acres de tierra, en prueba de aprecio y para recompensar su heroismo y patrióticos servicios en obsequio de los intereses de su país.

patria tantos valientes. Por esta razón solo, no es extraño que al reflexionar el Gobierno sobre la precaria situación de tantos desgraciados oficiales no se detuviera en ciertas consideraciones (\*).»

Siendo probable una próxima guerra con Túnez, donde no se conocía aun la fuerza y energía de los americanos, el comodoro Rodgers ancló el 1.º de agosto en la bahía de aquel puerto, dispuesto á sostener los derechos de su país si fuere necesario; y literalmente al pié de las baterías, entabló una negociación con el Bey, el cual pudo convenirse que en el espacio de pocos años habían cambiado mucho las cosas. Como sus bravatas no producían ya ningún efecto, arreglóse pronto la cuestión, y habiendo manifestado el Bey que deseaba enviar un embajador á los Estados-Unidos, marchó Decatur en setiembre con el oficial encargado de desempeñar la misión, el cual llegó á Washington al poco tiempo. Consignaremos aquí que aun que el embajador tunecino se aventuró á pedir el tributo, negósele rotundamente, y el Bey, á quien la experiencia había hecho más cuerdo, no creyó oportuno insistir por otros medios.

Como medida de precaución se dejó en el Mediterráneo una escuadrilla por si acaso los berberiscos se aventuraban á renovar sus ataques contra los súbditos de América.

Volviendo ahora á tratar de los asuntos interiores de nuestro país, vemos, según lo que dice el biógrafo de Mr. Jefferson, que el Gobierno se hallaba en aquella época en el apogeo de su popularidad, reinando una paz envidiable en todo el país. Hubiérase dicho que el partido federal, se había extinguido virtualmente, y merced á esto, los republicanos dominaban sin rivalidad. Aque-

(\*) *Historia naval*, por Cooper, vol. I, págs. 261-66.

lla paz, sin embargo, era asaz engañosa, pues precisamente entonces, agitábanse los elementos que iban á turbar la tranquilidad del Gobierno, tanto dentro como fuera del país.

Llegado el momento de la lucha electoral, los miembros del Congreso se reunieron para conferenciar entre sí, y acordaron como era de suponer, reelegir á Tomás Jefferson para el cargo de Presidente. Aaron Burr, á quien ya miraban con recelo aquellos mismos á quienes sirviera con tanta eficacia, no inspiraba ya confianza al partido republicano, y por lo tanto se prescindió de él sin el menor escrúpulo. Jorge Clinton, gobernador de Nueva-York, persona muy apreciable y conocida por sus ideas republicanas, fué designado por la mayoría para candidato á la Vicepresidencia; Breckenridge, Lincoln, Langdon, Granger y M'Clay, obtuvieron también votos, pero en pequeñas mayorías, y por este motivo no era probable su elección.

Viéndose Burr rechazado por los republicanos, cuando menos por lo tocante á su elección para el cargo de Vice-presidente, y no hallándose dispuesto á renunciar á la vida pública, resolvió optar por el Gobierno de Nueva-York, que probablemente abandonaría Clinton. Los republicanos, sin embargo, habían propuesto para suceder á este último, al Canciller Lansing, quien no quiso entrar en lucha, y en su lugar, presentóse como uno de los primeros candidatos Morgan Lewis, persona muy respetable á quien apoyaban las principales familias de la ciudad.

Las elecciones para nombrar al gobernador, fueron en cierto modo enojosas: Lewis estaba apoyado por la gran masa del partido democrático y Burr por una pequeña parte de él compuesta en su mayoría de jóvenes irreflexivos ó poco escrupulosos, favoreciéndole asimismo los federalistas que le concedían sus votos en otras ocasiones. A pesar

de esto, la balanza se inclinó en favor de Lewis, pues Hamilton y los que le miraban como jefe de su partido, votaron en favor de aquel. Verdaderamente, Hamilton no podía obrar de otro modo, pues conociendo perfectamente á Burr, debía naturalmente desconfiar de él, sin que le fuese posible ocultar la profunda aversión que experimentaba hacia aquel hombre. El hecho es que Burr fué derrotado en las elecciones, y no pudo conseguir su objeto, pero sabiendo muy bien quién podría ser la causa de sus contratiempos, resolvió vengarse del hombre á quien temía tanto como odiaba.

Cuando un hombre como Aaron Burr necesita un pretexto para provocar una disputa, no le es difícil encontrarlo. Después de reflexionar detenidamente, escogió uno de los furibundos artículos publicados por la prensa periódica durante la última lucha política, y en el mes de junio rogó á su íntimo amigo,

el juez Van Ness, que le ayudara para llevar á cabo su designio. Parece que el Dr. Carlos D. Cooper había dirigido algún tiempo antes á un diario una carta en la que manifestaba que Hamilton calificaba á Burr de *hombre peligroso á quien no se debían confiar las riendas del Gobierno*, añadiendo que él podía, *revelar otra cosa más grave que el general Hamilton había dicho de Mr. Burr*. El 17 de junio, y teniendo ya Burr en su poder el artículo donde se reproducía esta carta, escribió á Mr. Hamilton exigiéndole *que rectificase lo escrito en aquel artículo ó que le diera una satisfacción por las palabras á que aludía Mr. Cooper*. Tres días después contestó Hamilton, manifestando que no se creía responsable de las interpretaciones que otros quisieran hacer de sus palabras, y que estaba dispuesto á dar prontamente una satisfacción á todo caballero que se creyese ofendido

por cualquiera de sus frases. Nosotros creemos que Hamilton no debió haber contestado nunca así á un hombre como Aaron Burr, pues fácilmente pudo conocer que éste buscaba solo una disputa que acaso tendría fatales consecuencias; hubiera sido mejor decir francamente la verdad, tanto más cuanto que esto no era un secreto para nadie, manifestando, que en efecto consideraba á Burr como un hombre peligroso, indigno de la confianza del Gobierno ó del pueblo, después de lo cual podría haberse sometido la cuestión á los tribunales, si Burr juzgaba oportuno apelar á este medio. Pero Hamilton no hizo nada de esto, y su vengativo adversario, aprovechándose de su ventaja, escribió una lacónica esquela, insistiendo en que se le diese una contestación clara y terminante. Van Ness, encargado de llevarla á su destino, tuvo una conferencia con Hamilton, el cual se negó á dar contestación alguna, sin tener en cuenta que esto era precisamente lo que quería Burr, para saciar su ardiente sed de venganza.

El día 25 de junio, Burr encargó á Van Ness que fuera á ver á Mr. Hamilton á fin de proponerle le diese una satisfacción en el terreno del honor. Hamilton deseaba sinceramente evitar esto y trató de arreglar pacíficamente aquel asunto por medio de su amigo el juez Pendleton, pero todo fué inútil, pues Burr estaba resuelto á matar á su enemigo si era posible y á todo contestó con insultos y amenazas, de manera que no hubo medio de reconciliar á los dos adversarios. Ocurrió sin embargo una breve dilación por- que Hamilton deseaba arreglar ciertos asuntos, y como si presintiera el fatal desenlace de aquel duelo, preparó su testamento y escribió sus opiniones sobre aquel asunto, declarando que odiaba semejante costumbre, pero que por aquella vez debía

violiar sus sagrados principios del deber y del derecho, para ir á ser asesinado por Burr. ¡Fatal debilidad! ¡Fatal condescendencia con las bárbaras leyes del honor que tan vigorosamente se han observado en todas épocas! El testamento de Hamilton y los documentos que le acompañaban, són harto interesantes é instructivos, y es por cierto muy extraño, que con su claro talento y su firme deseo de vivir y morir como un buen cristiano, se cegara hasta el punto de consentir por un momento en violiar las leyes de Dios y de los hombres para ir á dejarse matar por un hombre como Aaron Burr. Si Washington hubiese vivido, no es dudoso que habria logrado convencer fácilmente á Mr. Hamilton, de que no necesitaba cometer un acto tan indigno de él para probar su valor, su rectitud y su nobleza, pero por desgracia, el gran patriota descansaba en su tumba y Hamilton no encontró una mano amiga que le desviara de aquella senda fatal.

El miércoles 11 de julio, á las siete de la mañana, se encontraron los dos enemigos en Weehawken, en la costa de Jersey, frente á Nueva-York, y arregladas las condiciones, Burr y Hamilton se colocaron á diez pasos de distancia, siendo de advertir que el primero tiraba muy bien la pistola y que el segundo apenas la habia manejado nunca, y no pensaba tampoco hacer fuego. Burr, sediento de sangre, hizo fuego en el momento de darse la señal y Hamilton, mortalmente herido, sacó maquinalmente la baqueta de su pistola y cayó pesadamente en tierra. Burr y su cómplice Van Ness, se pusieron en marcha inmediatamente, en tanto que el Dr. Hosack, Pendleton y el barquero que habia conducido á Mr. Hamilton al sitio fatal, le llevaban de nuevo á la casa de su amigo Bayard, donde

espiró el dia siguiente despues de una cruel agonía, que debió ser para aquel desgraciado tanto mas dolorosa, porque pudo ser testigo de la desgarradora angustia de su esposa y siete hijos que quedaban solos en el mundo. El Dr. Mason y el obispo Moore le administraron los consuelos religiosos y á las dos de la madrugada del jueves 12 de julio, pasó á mejor vida. El sábado fué enterrado con los honores militares y acompañaron el coche fúnebre todos los individuos de la Sociedad de los Cincinnati, y otras muchas personas notables. El gobernador Morris pronunció un conmovedor discurso fúnebre desde un tablado que se levantó frente á la iglesia de la Trinidad, y todas las eminencias del púlpito, del foro, y de la prensa, agotaron su elocuencia para elogiar las virtudes, talento y la nobleza del finado. Desde la muerte de Washington no habia experimentado nuestro pais una pérdida tan dolorosa como esta, y seguramente no exageraba Fisher Ames al declarar que su desesperacion no tenia límites al pensar lo que podia haber llegado á ser Hamilton en vista de lo que ya era al ocurrir su desgraciada muerte (\*).

Al hablar el Dr. Sullivan de las cualidades físicas y morales de estos dos personajes, á cuya obra hemos recurrido varias veces, hace algunas observaciones que no dejan de ser interesantes, y reproducimos á continuación: «Hamilton era delgado y de

(\*) En cuanto á Burr, comprendiendo que se le consideraba como un asesino, huyó primero á Philadelphia y despues al Sur, donde dirigió á su hija algunas cartas escritas con cierto estilo de indiferencia. Mientras que un Jurado de Nueva-Jersey le formaba causa por asesinato, un tribunal de Nueva-York publicaba una sentencia condenando á Burr á la inhabilitacion por veinte años para servir cualquier destino público. En la *Revista de Nueva-York*, escrita por el Rvdo. Dr. F. L. Hawks, se encuentra la biografía de Aaron Burr escrita con toda imparcialidad, pág. 88.

mediana estatura, pero de formas elegantes y noble aspecto; acostumbraba á llevar el pelo echado hácia atrás, empolvado y formando una coleta; sus facciones eran delicadas y sus mejillas hubieran podido confundirse por su rosado color con las de una niña. En resúmen, podia decirse que era un hombre hermoso, y aun cuando el conjunto de sus facciones tenia á veces una espresion severa, desaparecia esta con frecuencia bajo una dulce sonrisa; su conversacion no podia ser mas agradable, y así podia inspirar una simpatía irresistible como una aversion profunda. Dificilmente se hubiera encontrado un hombre de tan rápida comprension y de mas despejada inteligencia; los que conocian sus costumbres, aseguraban que cuando tenia que hacer algun trabajo mental acostumbraba á reflexionar detenidamente primero, y que aunque trabajara hasta las altas horas de la noche, no dormia nunca mas de seis, y al levantarse tomaba una taza de café, dedicándose luego á su trabajo por espacio de siete ú ocho horas sin levantar mano, siendo de advertir que sus escritos rara vez tenian que corregirse. Añadiremos que era profunda su elocuencia, muy agradable su conversacion, y en general muy apreciado de todos cuantos le conocian.»

«Aaron Burr, segun dice el mismo escritor, era en aquella época (diciembre 1795) de la misma edad de Hamilton poco mas ó menos; habia adquirido cierta celebridad en el foro, y era delgado y de la misma estatura que su adversario político, pero sus formas no eran agraciadas. Tenia el semblante pequeño y ancho, los ojos negros y penetrantes, y un aspecto grave que comunicaba cierto aire de autoridad á sus maneras cuando lo exigia el caso. Decíase que se habia mostrado muy digno al presidir en el Senado, especialmente cuando se instruyó la causa del juez Chase,

pero por mas que fuese un abogado eminente no podia considerársele como un hombre de elocuencia ni de talento profundo. En sus discursos, por lo general muy breves, limitábase á decir lo estrictamente preciso.»

El dia 5 de noviembre, comenzó la segunda legislatura del octavo Congreso y el dia siguiente se leyó en la Cámara el discurso del Presidente, el cual felicitaba en primer lugar al pueblo por su deseo de conservar la tranquilidad del pais sin oponerse á la prosperidad de las demás naciones, regocijándose al mismo tiempo de que la guerra europea no hubiera producido mas fatales resultados. Despues hablaba de las relaciones de la Union con las demás potencias es- 1804. tranjeras, de las medidas adoptadas respecto á Louisiana, de los tratados concluidos con varias tribus indias, del proyecto de las cañoneras (\*), y de las rentas públicas. Respecto á este último punto decia lo siguiente: «Hemos visto que las rentas del año actual esceden á las del anterior, y es de esperar que con los ingresos del año siguiente y los fondos que hay en el Tesoro, tendremos bastante para cubrir todas las obligaciones (\*\*), y para pagar además tres millones y medio en cumplimiento de nuestros contratos con la Gran Bretaña y con Francia, facilitando de este modo la estincion de la deuda.»

El mensaje terminaba con estas palabras: «A vosotros os toca resolver si manteniéndoos dentro de los límites constitucionales, os será dable mejorar los grandes intereses de la agricultura, del comercio y de la navegacion; si rigen en el pais todas

(\*) En la *Vida de Jefferson*, vol. II, págs. 174-76 se hallan las observaciones de Mr. Tucker sobre este plan para defender los puertos y proteger el comercio, que fué muy ridiculizado. Ya hablaremos de este asunto en otro capítulo.

(\*\*) Los ingresos del Tesoro en aquel año ascendieron á once millones quinientos mil duros de los cuales tres millones seiscientos mil se aplicaron al pago de la deuda pública.

las leyes necesarias; si se cometen abusos en la administracion; si la organizacion de nuestro ejército es conveniente, y por último, si puede hacerse algo mas en beneficio de la prosperidad del pais. En todas cuantas medidas os propongais adoptar para bien de la patria, podeis contar desde luego con mi mas activa cooperacion.»

La mayoría republicana era tan considerable en el Congreso, que llegó á ser imposible la libertad en los debates, pues todos los asuntos de importancia se discutian por Comités particulares antes de darse cuenta de ellos á la legislatura, siendo la consecuencia de esto que el Congreso se dejara influir mas bien por las consideraciones de partido que por la fuerza de la razon.

A principios de diciembre, segun lo acordado en la legislatura anterior, la Cámara formuló en regla la acusacion contra Samuel Chase, uno de los jueces del Supremo Tribunal, nombrando un Comité para que prosiguiera las actuaciones en el Senado. Los

1804.

principales cargos que se hacian á Chase eran los siguientes: arbitrariedad opresiva é injusta; conducta censurable en la causa de Juan Fries, é infracciones de la ley en la de Callender; injusticia manifiesta y parcialidad al dar cuenta al gran Jurado en mayo de 1803, é indebida intervencion en la política. Juan Randolph y otros cinco, formaron el Comité que debia entender en este asunto.

El dia 10 de diciembre comenzó á instruirse la causa y el 2 de enero presentóse en el Senado el juez Chase, y pidió cierto plazo para dar sus descargos, cuya peticion le fué negada, resolviéndose por veintidos votos contra ocho no concederle mas tiempo que hasta el 4 de febrero. En dicho dia reunióse el Senado; Samuel Chase contestó á los cargos que se le habian dirigido, y desde aquella

fecha hasta el 20, procedióse al exámen de testigos. Los defensores eran Hopkinson, Martin y otros, y Rodney, Nicholson y Randolph sostenian la acusacion.

La causa escitó gran interés en todo el pais, y se esperaba con fiadamento que quedaria probada la culpabilidad de Chase. Aunque pesaba sobre Burr la acusacion por la muerte de Hamilton, presidia el tribunal con notable dignidad, pareciendo que trataba de enmendarse, y muy desengañado quedó el partido dominante al ver que se hacia la defensa con mas talento que la acusacion. El dia 1.º de marzo cada uno de los miembros emitió su fallo sobre los diversos artículos de la acusacion separadamente; respecto al primero, diez y seis declararon á Chase culpable, y diez y ocho inocente; para el segundo contáronse diez de los primeros y veinticuatro de los segundos; en el tercero y cuarto hubo empate; por el quinto se le absolvió completamente; por el sexto solo le condenaron cuatro, declarándole inocente treinta, y por fin, resultando la votacion á favor del acusado, se le debia declarar libre de los cargos que se le imputaban.

En vista de esto, Burr, con gran regocijo de los federalistas y no poco disgusto de los republicanos, reasumió su fallo en estas palabras: «No habiendo una mayoría constitucional en ninguno de los artículos de la acusacion, debo declarar y declaro que el caballero Samuel Chase queda absuelto de los cargos dirigidos contra él por la Cámara de Representantes (\*).»

En mas de una ocasion dióse á conocer el enojo de los federalistas por aquel resultado, pues en el mismo dia en que fué absuelto el juez Chase, Juan Randolph propuso una en-

(\*) Mr. Benton dá á conocer esta causa en todos sus detalles, y el lector podrá verla en el *Resúmen de los Debates del Congreso*, vol. iv, págs. 173-234.

mienda á la Constitucion, por la cual se disponia que pudiera separarse á cualquier magistrado federal, á peticion de las dos Cámaras del Congreso; esta enmienda se aprobó por sesenta y ocho votos contra treinta y tres. Mr. Tucker cita además otros casos en que se dió á conocer el disgusto de la mayoría republicana por la derrota que sufrieran en la causa del juez Chase.

Durante aquella legislatura aprobóse una ley encaminada á impedir toda clase de actos hostiles á bordo de los buques extranjeros que llegaran á los puertos de los Estados-Unidos, y otra que tenia por objeto regularizar el armamento de los buques mercantes de América. Los demás asuntos que ocuparon principalmente la atencion del Congreso, fueron los decretos relativos al Gobierno del territorio de Nueva-Orleans y del distrito de Columbia. Tambien se aprobó por una escasa mayoría, (\*) despues de un acalorado debate, un decreto supletorio respecto á las reclamaciones de Yazoo.

Durante el otoño de 1804 se verificaron las elecciones para Presidente y Vice-presidente, que dieron á conocer hasta la evidencia cuanta era la superioridad del partido republicano, pues Mr. Jefferson fué reelegido por unanimidad, y Jorge Clinton, designado para Vice-presidente, obtuvo como aquel los votos de New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode-Island, Nueva-York, Nueva-Jersey, Pennsylvania, Virginia, las dos Carolinas, Georgia, Tennessee, Kentucky y Ohio, además de otros nueve de Maryland, lo cual formaba un total de ciento sesenta y dos votos. Carlos Cotesworth Pinckney y Rufo King, los candidatos federalistas, solo obtuvieron los votos de Connecticut y

Delaware, con dos de Maryland; total catorce (\*).

El dia 3 de marzo dió fin á sus tareas el octavo Congreso y terminó tambien el primer plazo de la Administracion de Jefferson. El biógrafo del Presidente da cuenta de los trabajos de éste durante los cuatro años en los siguientes términos: «Con esta legislatura terminó el primer plazo de la Presidencia de Jefferson, y durante aquel período, merced á su acertada política y á sus medidas económicas, rebajó de la deuda pública mas de doce millones aun cuando habia reducido los impuestos, duplicó la estension del territorio de los Estados-Unidos; evitó una desastrosa lucha con Francia y España; castigó á Tripoli, declarando la guerra á Túnez y Argel, obtuvo de los indios una considerable estension de terreno, é introdujo por último la civilizacion en las tribus de los salvajes. La nacion le dispensó su favor en prueba de agradecimiento por haber promovido la prosperidad del pais á pesar de los obstáculos que le crearon sus enemigos. Que su política merecia la aprobacion del pais, se prueba suficientemente por el hecho de que en la última eleccion obtuvo muchos mas votos que en 1801 (\*\*).

(\*) Hé aqui las observaciones que hacia el Presidente en una carta que escribió á Volney en febrero de 1805: «Una palabra ahora sobre nuestra situacion política: los dos partidos que luchaban con tanta violencia cuando estabais aqui, se han fusionado casi en uno solo. En la última eleccion presidencial he obtenido ciento sesenta y dos votos contra catorce solamente.... Aunque el pueblo en masa está con nosotros, los jefes federalistas habian ido demasiado lejos para retroceder, y por orgullo conservan una actitud hostil, contentándose con desahogar su enojo en los periódicos que sostienen, aun cuando hacen tanto ruido como si ellos solos constituyeran la nacion.»

(\*\*) *Vida de Jefferson*, por Tucker, vol. II, pág. 180, Randolph se muestra aun mucho mas entusiasta por su Gobierno. Véase Garland, vol. I, pág. 198.

(\*) *Resúmen de los Debates del Congreso*, por Benton, vol. IV, págs. 315-33.